

quiera que el Elector de Sajonia impulsase á Lutero para que interviniese de algun modo en las querellas de los príncipes, Lutero se dirigió á Eisleben á pesar de hallarse á la sazón muy aquejado por toda suerte de males. «Héme aquí, decia, viejo, decrepito, perezoso, fatigado, tiritando, sin ver de un ojo, y próximo á la muerte.» El 23 de enero por la tarde se puso en camino. El presentimiento de su fin próximo debia con tanta intensidad atenerle fuertemente la conciencia, que encargaba vivamente á sus discípulos como una especie de testamento y de último y supremo adios, el cuidado mas solícito por todas sus ideas y por toda su doctrina. El temor de que las almas, desperdadas por él á la nueva fe, pudieran sumergirse en las tinieblas nuevamente, le dolia hasta el extremo de quitar á sus párpados el sueño y de acelerarle con gran celeridad los últimos instantes. Parecíale muchas veces que el edificio de ideas, de creencias, de aspiraciones levantado por sus esfuerzos en la inmensidad del cielo, iba tristemente á desplomarse y á coger bajo aquellas colosales ruinas su nombre y su memoria. Todos estos dolores no hacian mas que acelerar la hora suprema de su postrimero fin.

El viaje de Witemberg á Eisleben fué penosísimo. Los achaques de Lutero llegaron á recrudecerse horriblemente, no solo á causa de la temperatura bajísima, sino tambien á causa de su menosprecio sistemático á la medicina y á los médicos. Necesitado de un vejigatorio á la pierna izquierda, se lo quitó para el viaje y dejó cerrarse la úlcera, por donde fluían los humores dañosos á su salud y corrosivos de su cuerpo. La cabeza volvió á sus vértigos, la digestion á sus dificultades, el vientre á sus dolores y á su antigua retención la orina, pues hacia doce años que le atormentaban con acerbísimos tormentos toda esta clase de males provinientes de una enfermedad capital del corazón, que le ahogaba y traía á mal traer toda su máquina. Sin embargo, en el camino penoso que emprendiera, no descuidó los deberes propios de su piedad natural. En Landsberg, subió á lo alto de verde montaña, donde campeaba un templo, para sumergir la vista en la contemplación de la Naturaleza visible y el pensamiento en la contemplación de la invisible divinidad. Frio el tiempo, nevado el suelo, llenas de escarchas las madrugadas, salidos de madre los rios, ya se paraba, rodeado de ventisqueros y de aludes; ó ya se iba con sobrada precipitación y con riesgo de ahogarse por

los cauces henchidos y rebosantes de aguas tormentosas. Como la variedad resalta capitalmente en su estilo, parecido á un bordado y parecido á un mosaico, rico siempre en contrastes bruscos de luz y sombras, animado por gracias ingeniosas, á veces tabernario como el del último labriego borracho y á veces sublime como el del primer teólogo místico, refiere con una envidiable sencillez y un buen humor impropio de su estado á su mujer los accidentes de su caminata en epístolas verdaderamente humorísticas.

Los príncipes de Mansfeld, á quienes deseaba reconciliar, salieron á recibirle con banderas desplegadas, acompañamientos pomposos, caballeros armados, cañones brillantísimos, clarines agudos, cual si de un soberano se tratase. Pero entre tantas muestras de entusiasmo, entre tanto lujo de arreos, entre tantos vítores y vivas, su mirada se fijó en los campanarios de Eisleben, á cuya sombra pasara los días de su primera infancia, y al verlos, sintió por todo su cuerpo como escalofrios, porque la sangre se le retiró y agolpó al corazón, suspenso de tantos recuerdos como volaban allí entre el cielo y la tierra de su cuna. Apareciósele indudablemente, allá entre los celajes, la estoica figura de su padre, las lágrimas de su madre que forman como una corona de rocío celestial en las sienas, los juegos de la infancia, la primera oración exhalada del alma en flor, la lectura de los primeros libros deletreados por los balbucientes labios de la infancia, los albores de la fantasía, los latidos primeros del corazón, los sentimientos que florecen como los arbustos en primavera, las ilusiones que se alzan como en grandes enjambres y que cubren con sus alas de mil colores, todos los abismos y todos los escollos del mundo. ¡Él! nacido en las últimas gradas de la escala social; hijo de un minero y de una lavandera; pobre mendicante, que á veces no cosechaba con sus cánticos las limosnas indispensables á procurarle el sustento de un día; escolar errante por las calles de Alemania recogido bajo techado en noches frías, ya por la caridad pública ó ya por la caridad privada; despues de haber pasado por el claustro y consumido los ardores de la juventud en la maceración y en la penitencia, como una especie de vegetal apegado á los altares y viviendo del jugo de los sepulcros; fuera del mundo casi por los místicos éxtasis y por las religiosas contemplaciones; corre á Roma en cumplimiento de sus votos de obediencia y allí, sobre la tierra de los recuerdos y de los milagros, siente

las revelaciones de su íntima vocación, y se transforma de cenobita en revolucionario, esparciendo ideas como los vientos huracanes y tempestades, encrespando las muchedumbres como se encrespa el oleaje, haciendo producir nuevos pensamientos á la conciencia humana, transformándose á medida que los horizontes de su existencia se dilatan hasta inscribir los príncipes del mundo en sus espirituales legiones, amedrentar á los Pontífices y á los Emperadores, á los primeros poderes del mundo, tener pendientes de sus labios en las dietas á los pueblos, dominar el espíritu de un siglo desde las cimas de sus retiros y ser como el alma de una nueva sociedad, como el Verbo de un nuevo ideal, como el protagonista de una nueva historia. Así debía pasar que, al ver las murallas de su patria, las sombras de los campanarios, el hogar sacratísimo de su cuna y medir la distancia recorrida desde estos ínfimos comienzos á su inmensa grandeza, los ojos se le oscurecieran, le faltara la cabeza y se desplomase en una especie de síncope, ó desmayo, del cual costó mucho trabajo sacarle. Transportado á cercana vivienda para tenderlo en amigo lecho, hubo necesidad de frotarle todo el cuerpo y atraerle á la superficie un calor igual y dulce, después de lo cual abrió los ojos, y dijo algunas palabras consoladoras á los circunstantes, que le veían con dolor y le lloraban muerto. A pesar de tantas aflicciones de su alma y de quebrantos tan tristes de su cuerpo, predicó en la iglesia de San Andrés con todo el entusiasmo de los oradores jóvenes y arregló los litigios políticos y particulares con toda la habilidad de los estadistas consumados, activo hasta la inquietud, impaciente hasta la calentura, exaltadísimo hasta el delirio. Como superada una dificultad, venía otra en pos, y resuelto un negocio antiguo, sobrevenían cien nuevos, espaciábase á sus anchas en la amistad, y asistía frecuentemente á las fiestas domésticas y á los banquetes íntimos, donde, al conversar con sus paisanos sobre los tiempos pasados y los recuerdos presentes, solía recobrar toda la vivacidad de su lenguaje y todos los dones de su improvisación. Así contaba que había cogido muchas veces al diablo por la cola en sus visiones místicas, y que había visto precipitarse á una en los infiernos todos sus enemigos mitrados; y tomando un lápiz, escribía, como si mentalmente se encasara con el Papa: Vivo, fuí tu peste; y seré, muerto, tu muerte.

Estas sentencias, si bien mostraban la energía de su firme voluntad,

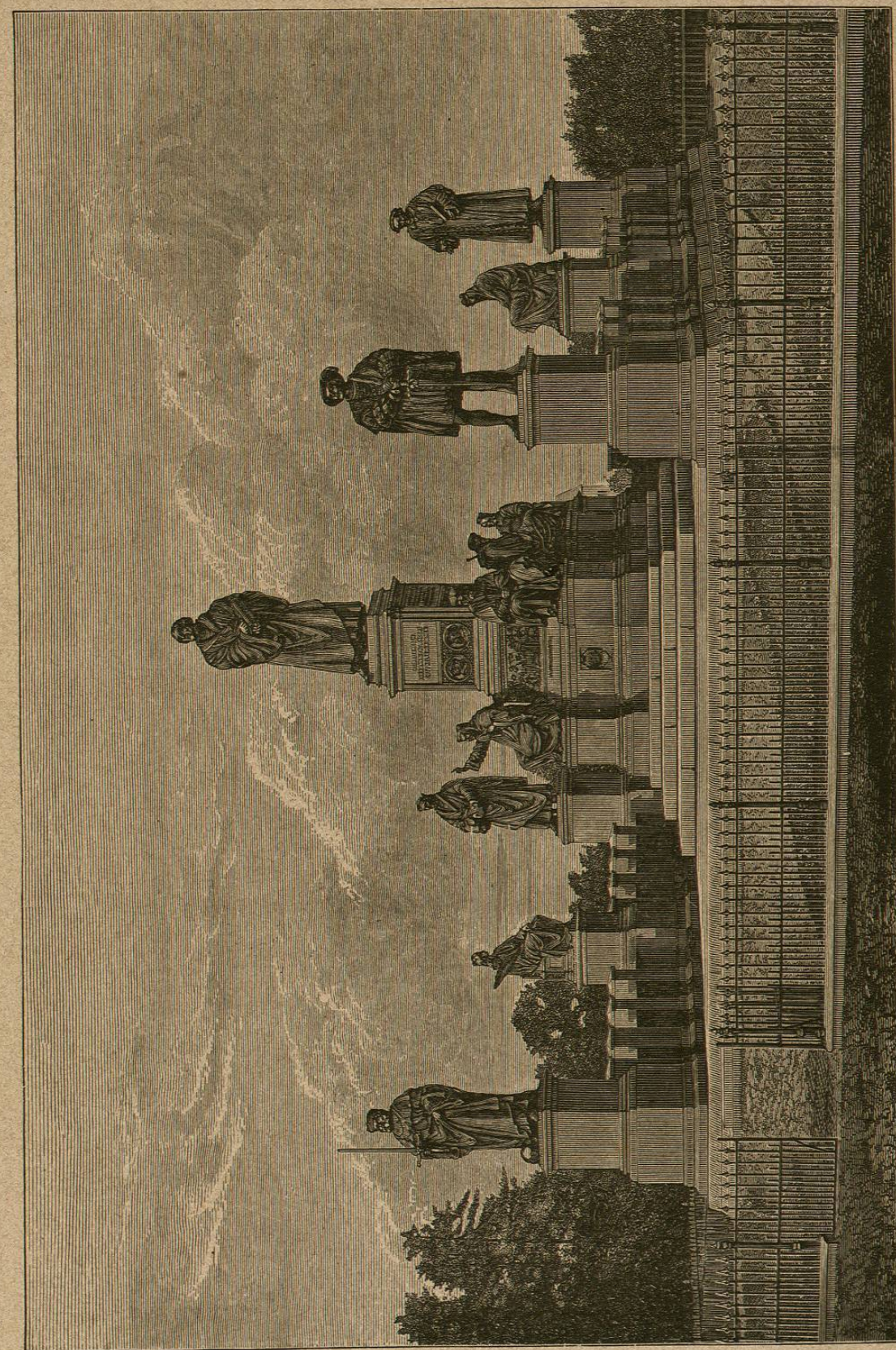
también mostraban la fijeza de su fúnebre presentimiento. Convergían, pues, todas sus conversaciones á la muerte. Así hablaba de ella, como si la tuviese impresa en el centro de su corazón y en la retina de sus ojos. Y mezclaba la idea de la muerte con la idea de la inmortalidad, creyendo que la especie humana podría, después del sepulcro, transformarse por la fe y por la virtud en una especie verdaderamente angélica. Y describía con vivos colores el paraíso terrenal, á la hora de despertarse el primer hombre sin pecado en brazos de la naturaleza sin mancha, para decir que, así como reconoció en Eva la carne de su carne, la sangre de su sangre, la vida de su vida, reconocería, al llegar á la inmortalidad, en el cielo sin límites y en la gloria sin término, á los bienaventurados, á cuyo regocijo los cadáveres podridos y yertos se trocaran en seres alados que surcan lo infinito, resplandeciendo con los destellos de la luz espiritual é increada.

En estas llegó el 17 de febrero de 1546. Chispeaba en una estancia sombría regocijante chimenea, y al amor de la lumbre, y rodeado de sus hijos que aparecían tendidos á sus piés, conversaba con sus dos compañeros, Celso y Jonás, de la nueva y de la antigua religión, cuando se entristece, se turba y balbucea incoherentes palabras sobre lo próximo que está en aquellos momentos á dar en pasto su cuerpo á los gusanos del sepulcro. Los interlocutores se aterran porque notan en su cuerpo crispaturas de los nervios y en sus ojos eclipses de las miradas. Al poco tiempo los síntomas crecieron con tal crecimiento y tomaron tanta gravedad que fué preciso recurrir al castillo de los condes de Mansfeld en busca de eficaces medicinas. En efecto, el conde Alberto, conmovido por las noticias llegadas del alojamiento de Lutero, corrió en su busca, encontrándolo mas aliviado merced á unas fricciones propinadas por sus compañeros de viaje. Para concluir de tranquilizarlo, diéronle á beber la poción apercebida, cuyo calmante le procuró el conciliar un sueño reparador. La campana del castillo, que daba las diez de la noche, le despertó de su sueño. Y como encontrara á sus hijos acurrucados cerca de la chimenea y á sus amigos velándole, conjurólos á todos para que fueran á dormir y le dejaran tranquilo en la certeza de que no habrían de agravarse sus males. Y como rehusaran todo descanso, decidió acostarse y se encaminó á su alcoba, sin necesidad de que nadie le sostuviese y apoyase. Ya á la puerta, se entene-

brecieron sus ojos, se doblaron sus piernas, se mareó su cabeza, y tuvo necesidad de coger las manos de cuantos se hallaban cerca para no caerse desplomado en el suelo. En este momento solemne comenzó su triste agonía.

Espacioso lecho sostenía el cuerpo de Lutero. A la derecha estaba Celio, á la izquierda estaba Aurifaber, á la cabecera Jonás, al pié sus tres hijos, y en torno, los consejeros de los príncipes y algunos diligentes y celosos domésticos. Dos horas seguidas durmió el doctor; dos horas en las cuales parecía, por lo tranquilo de su reposado sueño, que iba prontamente á recobrar sus fuerzas. Mas, á eso de la una, despertóse, y preguntó si estaba encendida la chimenea en la habitacion cercana, pues no le era dado estar mas tiempo en su cama, donde le ahogaban las fatigas y las ansias. Preguntado, si padecía mucho, respondió que le iba por la cabeza una idea, la de que Dios le destinaba en sus altos juicios á morir en el lugar mismo donde fuera bautizado. Los circunstantes le dijeron algunas palabras consoladoras y le llamaron la atención sobre lo mucho que habia sudado. «Sudor frio, repuso Lutero, síntoma seguro de la muerte.» Sacáronlo del lecho, y pusieronlo en el sillón. Su frente estaba yerta como el mármol, aquella frente de la cual relampagueara la revolucion sobre el mundo; é inmóviles y rígidos aquellos labios, de los cuales descendieran las llamas de tanta y tan viva elocuencia sobre las almas. Al divulgarse el estado del moribundo, acudieron en tropel muchas gentes; y entre ellas, los condes de la comarca, seguidos de su médico. Este le propinó aromas, esencias, sales, que la condesa llevaba con tierna solicitud á los labios y á las narices del paciente; mientras el médico le alzaba la cabeza y le hacia abrir los dientes y la boca. A tantos cuidados los ojos de Lutero se reabrieron y se reanimaron las facciones, lo cual visto por Jonás, fué causa ocasional de que le preguntara si moria en la doctrina que sostuviera durante la segunda mitad de su vida: interrogacion última, á la que contestó con un formidable «¡Sí!» en cuyos giros se escapó á la eternidad el alma de aquel hombre y se quedó su cuerpo en el frio de la muerte. De esta suerte murió á los sesenta y tres años de edad el gran promovedor de la revolucion religiosa.

FIN DEL TOMO SEGUNDO



MONUMENTO ERIGIDO EN WORMS A LA MEMORIA DE LUTERO